

## Hacia las elecciones presidenciales del 2000 (Persistencia del caudillismo y cambios en la forma partido)

Octavio Rodríguez Araujo

### I. ¿País de caudillos?

Antes de las elecciones federales de 1988 parecía impensable que el Partido Revolucionario Institucional pudiera ser derrotado para la Presidencia de la República. Los partidos de oposición no eran competitivos a escala federal, aunque lo fueran en algunos ámbitos estatales y municipales. El Congreso de la Unión era dominado también por el PRI y la misma situación se daba en los congresos de los estados.

Entre la oposición tradicional el Partido Acción Nacional era el único que podía obtener para sus candidatos gobiernos estatales, aunque no se le reconocieran sus triunfos. Los demás partidos, incluyendo aquellos que eran calificados como gobiernistas, en lugar de mejorar a su favor la votación, ésta se deterioraba como tendencia generalizada<sup>1</sup>. De golpe, en 1988, un grupo escindido del PRI y encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas conoció la adhesión de otros partidos y grupos políticos y todos ellos formaron el Frente Democrático Nacional que fue creciendo a lo largo del periodo de campaña de ese año. Sólo dos partidos de izquierda, además obviamente del PAN y del PRI (ambos de derecha), mantuvieron sus candidaturas a la Presidencia: el Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Mexicano Socialista (PMS). Este último, a un mes de las elecciones del 6 de julio, se sumó a la candidatura de Cárdenas y, a partir de este hecho, para muchos observadores se reafirmaba la idea de que esta elección presidencial iba a ser reñida y difícil para el PRI.

El gran fraude electoral de 1988 le dio el triunfo al candidato del PRI, pero a todo mundo le quedó la sensación (y para muchos la certidumbre) de que Cárdenas había ganado. El “cuerpo del delito” (las boletas electorales) fue deliberadamente bloqueado para su análisis y finalmente fue cremado para que no pudiera practicársele una autopsia. No se pudo saber a ciencia cierta quién ganó, pero la lógica nos dice que no fue Carlos Salinas de Gortari. En otras palabras, aun “ganando” el candidato del PRI, este partido perdió la Presidencia del país por primera vez en su historia. Interesa hacer notar que partidos con mayor tradición y de añeja antigüedad no fueron capaces de derrotar al PRI como sí lo logró un Frente de pocos meses de vida y cuyo candidato había sido parte del partido oficial un año antes de los comicios. Este fenómeno era semejante al ocurrido con Juan Andrew Almazán en 1940 y con Miguel Henríquez Guzmán en 1952; es decir, dos candidatos, ambos escindidos del campo oficial y que formando partidos al vapor tuvieron más éxito que partidos existentes desde mucho tiempo antes<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> La excepción era el Partido Demócrata Mexicano, cuyo origen y composición principal se localizaba en la antigua Unión Nacional Sinarquista y, por lo tanto, fue un partido de derecha.

<sup>2</sup> En el caso de Almazán, primero fue su candidatura y luego se vio precisado a formar el partido que lo postulara. Este fue el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN). El caso de Henríquez Guzmán fue diferente. En 1945 él y varios destacados cardenistas desplazados de los centros de decisión gubernamental durante el periodo de Avila Camacho formaron la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM), pero Henríquez declinó a presentarse como candidato para las elecciones de 1946. En 1951 la FPPM fue reorganizada y lanzó como candidato, ahora sí, a Henríquez contra la candidatura de Ruiz Cortines del PRI.

A Almazán y a Henríquez les llamé en algún artículo sobre el tema “oposición cismática”<sup>3</sup>. A Cárdenas lo podríamos ubicar en el mismo esquema de interpretación. Los tres comprobaron que los partidos opositores más o menos permanentes no tenían suficiente fuerza como para derrotar al PRI en la elección presidencial. Los tres candidatos cismáticos demostraron en su momento que los partidos en México, con sus plataformas muy elaboradas y con ideologías más o menos definidas y diferenciadas, no eran suficientemente atractivos para el electorado, fraudes aparte. ¿México país de caudillos? Quizá. Lo que sí puede afirmarse es que el país, incluso ahora, no es un país donde los partidos por sí mismos puedan ganar una elección presidencial. Es más, incluso una organización militar, ilegal y opositora como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional ha desdeñado a los partidos y llegó a plantearse un frente (el Movimiento para la Liberación Nacional) entre lo que fuera en su momento la Convención Nacional Democrática y Cuauhtémoc Cárdenas (febrero de 1995), y no con su partido que ya era entonces el de la Revolución Democrática (¿reconocimiento a un caudillo?).

Vicente Fox, candidato del PAN con posibilidades de derrotar al PRI en 2000 -- si las encuestas recientes no mienten--, tampoco es un hombre de partido sino más bien alguien que con apariencia de caudillo y con una personalidad carismática se le impuso a su partido iniciando antes que nadie su campaña, primero para ser el candidato del PAN y luego para competir por la Presidencia de México<sup>4</sup>. De la misma manera que los varios partidos que formaron el FDN se vieron atraídos por la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, pues es obvio que su partido-plataforma de lanzamiento (el Auténtico de la Revolución Mexicana) no era creíble, Fox arrastró al PAN con el éxito que ya había logrado antes de la convención de su partido y con el concurso de la asociación “Amigos de Fox” --que no es precisamente pequeña en el presente.

Se podría decir que lo anteriormente expresado no puede generalizarse pues ahí está el caso del PRI cuyos candidatos han sido conocidos por la población a partir de que fueron ungidos como tales. Nadie puede decir que Ruiz Cortines, López Portillo, Miguel de la Madrid, o Zedillo, para mencionar sólo a algunos, hayan tenido o tengan, incluso después de haber sido presidentes, siquiera la apariencia de caudillos. Labastida Ochoa, actual candidato del PRI, no sería tampoco un ejemplo de personalidad carismática comparable a la de un caudillo. Sin embargo, no debe olvidarse que antes de la existencia del PRI (y de sus antecesores), el país estaba gobernado por hombres fuertes y carismáticos quienes, antes de propiamente institucionalizar a su partido como un partido del régimen, eran los que decidían la política del país. Una vez institucionalizado el PRI (desde que fue transformado por Lázaro Cárdenas en Partido de la Revolución Mexicana) fue el poder del presidente saliente el que determinaba quién sería su sucesor, aunque se tratara de personalidades opacas y poco destacadas en la política nacional. En otros términos, el PRI es un partido que puede prescindir de candidatos atractivos y carismáticos porque lo que ha contado en las elecciones nacionales ha sido el *aparato* y los recursos que maneja el gobierno federal, incluidos entre estos los medios de comunicación y las posibilidades de coacción y compra de votos sobre todo en el medio rural (y antes también el voto corporativo ahora muy desgastado).

---

<sup>3</sup> Octavio Rodríguez Araujo, "El Henriquismo: última disidencia organizada en México", *Estudios Políticos*, México, Núm. 3-4, septiembre-diciembre de 1975.

<sup>4</sup> Vicente Fox inició su campaña al margen del PAN y en no pocas ocasiones tuvo contradicciones importantes con sus dirigentes, especialmente con Castillo Peraza y Felipe Calderón, además de descalificaciones dirigidas al ex candidato presidencial Fernández de Cevallos. (Véase *La Jornada*, 25/04/00).

La existencia del PRI como partido dominante y como partido de un largo régimen inaugurado por caudillos se ha debido, paradójicamente, a la negación de los caudillos como candidatos a la Presidencia de la República, al mismo tiempo que a la entronización del presidente como un caudillo sexenal, casi un monarca, cuya máxima expresión de poder es designar a su sucesor como condición para garantizar la continuidad de grupos hegemónicos y complicidades adquiridas precisamente en las diversas dimensiones del poder. El PRI, o mejor dicho, quienes ocupan como prístas las más altas posiciones del poder, saben muy bien que si llevaran a la Presidencia a un caudillo (que no es lo mismo que convertir a un presidente en un caudillo sexenal), éste abandonaría con facilidad sus compromisos con otros y dejaría fuera del juego a quienes no le sirvieran para mantener su caudillaje. Esto lo entendió muy bien y mejor que nadie Plutarco Elías Calles, un caudillo, cuando resolvió que habrían de crearse las condiciones para que el país y la política no estuvieran dominados por grandes personalidades sino por instituciones. Cuando los caudillos aspiraban a la Presidencia, para decirlo de manera esquemática, uno de ellos, y sólo uno, podía llegar a ocupar el cargo; razón por la cual los caudillos o quienes se sentían caudillos luchaban entre sí por la titularidad del Ejecutivo Federal. De aquí que se acordara, tácitamente, que el PRI, si bien estaría al servicio del presidente en turno, debía evitar darle el poder a quien fuera caudillo antes de ser presidente, es decir a un verdadero caudillo como lo fueron Obregón y Calles y, en menor medida, Lázaro Cárdenas. No es casual que tanto Avila Camacho como Alemán disminuyeran la presencia de cardenistas en sus gobiernos, al grado de que los cardenistas inconformes se reorganizaron en la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano con otro caudillo al frente y como candidato a la Presidencia: Henríquez Guzmán. La garantía de la permanencia del PRI como partido del régimen y en el poder ha sido, pues, paradójica: no darle el poder de la Presidencia a quienes antes de ocuparla sean o se crean caudillos. De aquí que cuando un ex presidente ha querido ejercer como caudillo y convertir el futuro inmediato en un nuevo *Maximato*<sup>5</sup> (¿Salinas de Gortari?), la crisis en el PRI no ha podido ocultarse.

Pero el hecho de que el PRI sea anticaudillista por necesidad de sobrevivencia, no quiere decir que en el país haya desaparecido la tendencia caudillista de mucha gente, con la posible excepción de los jóvenes más activos y rebeldes en la actualidad. Este fenómeno, que hasta aquí he presentado como una posible línea de investigación, es el que en parte explicaría a Cárdenas en 1988 y a Fox en 2000. Pero sólo en parte. Otra explicación, íntimamente asociada a la anterior, se encontraría en los cambios que han sufrido los partidos en su forma, y no sólo en México.

## II. Los cambios en los partidos

La tendencia electoral, al margen del aparato del PRI, ha sido a privilegiar a caudillos o a quienes parecen serlo. Es decir, a personalidades carismáticas que son vistas como posibles *jefes*, faros de orientación, líderes morales y políticos, etcétera. Esta tendencia electoral se empata con los cambios sufridos por los partidos en su forma: partidos *catch all* en vez de partidos ideológicos comprometidos con determinadas clases sociales. (Nuevamente, aquí el PRI debe ser entendido de manera diferente, pues por ser partido gobernante siempre ha querido presentarse como un partido plural (de centro), a veces con énfasis en los trabajadores, aunque en realidad sea y haya sido el partido más importante, hasta ahora, de los grupos económicos más poderosos y de la burguesía como clase.)

---

<sup>5</sup> Se le llamó Maximato al periodo de gobiernos dominado por Calles el “jefe máximo”, como se le llamaba entonces.

Los partidos políticos mexicanos, como bien es sabido, tuvieron su mayor referente en Europa, más que en Estados Unidos pese a la vecindad con este país. Por lo mismo, los partidos mexicanos, aun antes de que fueran asociaciones organizadas de afiliados y militantes con dirigentes profesionales y con disciplina interna, siguieron el modelo europeo, donde los partidos propiamente dichos surgieron como partidos de clase y, por lo tanto, ideológicos. El mismo PRI, según quisieron presentarlo sus fundadores en 1929 (como Partido Nacional Revolucionario), surgió como un partido revolucionario (es decir de la Revolución de 1910) para el cual todos los demás partidos serían contrarrevolucionarios. El PAN surgió como un partido liberal y por lo mismo defensor de la libre empresa y contrario al estatismo. El Partido Comunista surgió como tal: comunista, aunque en no pocas ocasiones se alejó de esta calificación definitoria. El Auténtico de la Revolución Mexicana, como un partido que, a diferencia del PRI, sí defendía las posiciones (¿?) de la Revolución mexicana. El Partido Popular, después Popular Socialista, como un partido que no era de la burguesía ni del proletariado sino del pueblo y luego como un partido que luchaba, en el marco del modelo de la Unión Soviética, por el socialismo.

Los partidos políticos mexicanos, incluyendo a sus antecesores organizados más como clubes políticos que como partidos, fueron durante varias décadas ideológicos y más o menos aspirantes a representar a diversas clases sociales, sobre todo a los trabajadores, aunque estos nunca se dieran cuenta. Todavía en tiempos de la llamada reforma política en el gobierno de López Portillo se hablaba del registro de partidos o de asociaciones políticas nacionales (pre-partidos) en función del “mosaico” ideológico del país (Reyes Heróles<sup>6</sup>); es decir, de partidos que pudieran representar las diversas corrientes ideológicas que supuestamente seguían segmentos definidos de la población. Eran los tiempos del debate de ideas, de concepciones del mundo y del país, de caracterización de la Revolución mexicana, de la transformación y vigencia de ésta, de las clases sociales y de los modelos de acumulación de capital. Se debatía, asimismo y entre la izquierda, si el socialismo debía ser alcanzado mediante una revolución o por formas electorales y parlamentarias (no se ponía en duda el objetivo socialista) y, en función de cada una de estas apreciaciones se discutía sobre la definición del “enemigo principal” del proletariado cuya existencia como sujeto de cambio revolucionario no se ponía en duda. Se pensaba también que los partidos eran vanguardias de clases sociales, algo así como “conciencia organizada de la clase obrera” o de otras clases y que, por lo mismo, esas vanguardias eran las que interpretaban las necesidades concretas y las históricas de las clases sociales aunque éstas no fueran conscientes de ellas. El autoritarismo, por lo tanto, permeaba incluso la vida de los partidos, donde la vanguardia de la vanguardia (la dirección del partido) decidía los principios, el programa, los estatutos y la estrategia a seguir no sólo por los militantes y afiliados de los partidos sino por la clase social que decían representar.

El resultado de estos partidos, clasistas e ideológicos, es que electoralmente vivían de fracaso en fracaso, pues al decir representar los intereses de un sector de la población estaban excluyendo a otros sectores, es decir votantes. Si el PAN era asociado a la defensa de los capitalistas (principales defensores de la libre empresa) y como partido contrario al estatismo, automáticamente era rechazado por quienes veían en los capitalistas a sus enemigos. El Partido Comunista o partidos similares, por el contrario, eran vistos por los empresarios como enemigos que querían quitarles sus bienes para repartirlos entre los trabajadores. En estos casos los empresarios ponían todo su

---

<sup>6</sup> Discurso de Jesús Reyes Heróles, secretario de Gobernación, el 1 de abril de 1977 en Chilpancingo, Gro., con motivo de la reforma política que se anunciaba.

esfuerzo, incluso propagandístico, para evitar que los trabajadores se inclinaran electoralmente por los partidos que les ofrecían mejores condiciones de llegar al poder.

A lo anterior debe añadirse que los problemas de estrategia entre la izquierda (reforma o revolución, para simplificar) dividieron a ésta y al dividirse disputaban a la misma “clientela” electoral que después de muchos años simpatizaba con las ideas socialistas. Al dividirse la izquierda, es obvio que la derecha (incluido el PRI) resultaba favorecida. Esto explica por qué, en tendencia matemática, los únicos partidos de oposición que aumentaron sus votos de 1977 a 1985 fueron el PAN y el entonces Partido Demócrata Mexicano, también de derecha.

El gobierno comprendió muy bien a la oposición. En lugar de combatirla la encauzó por la vía electoral ofreciéndole a cambio recursos públicos, estatuto legal (reconocimiento institucional), apoyo para sus publicaciones, y otros elementos que ningún partido pudo resistir. El resultado para los partidos, especialmente para los de mayor fuerza ideológica como marco para sus acciones, fue que quisieron crecer (lo cual los llevó a abandonar la formación de cuadros) y competir electoralmente (lo cual los llevó a dirigir sus discursos de acuerdo con el tipo de auditorio), terminando como organizaciones, algunas de ellas, que a toda costa intentaban no perder su registro porque con la pérdida de éste perdían los apoyos financieros para la subsistencia de sus dirigentes y el mantenimiento de sus locales. Digamos, aunque suene muy fuerte, que los partidos ideológicos sucumbieron a la tentación electoralista y a los recursos públicos y, en general, con muy pocas excepciones, le bajaron el tono a su discurso corriéndose hacia el centro político, pues sabido es que las posiciones excluyentes son menos atractivas electoralmente que las llamadas plurales e incluyentes.

En esta situación estaba la izquierda partidaria cuando surgió la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas por el Frente Democrático Nacional. Con la excepción del Partido Revolucionario de los Trabajadores, todos los demás partidos de izquierda, con o sin registro, y no pocos de centro que antes apoyaban al PRI, se sumaron a la candidatura del FDN, sin discutir principios ni ideología. Fue el éxito de un líder, extrañamente carismático (pues no es un gran orador ni grandilocuente) y priísta de toda la vida (que rompió con el PRI), el que sumó a partidos que antes, aunque fuera sólo en el discurso, se decían luchadores por el socialismo.

En el PAN ocurrió algo semejante, que ya venía desarrollándose desde mediados de los años 70: otro líder (con apariencia de caudillo: Clouthier), en este caso empresarial y político, que años antes estaba con el PRI, llevó al PAN a apoyarlo con absoluta independencia de los principios tradicionales del partido. En otros términos, en el PAN predominó el pragmatismo de sus dirigentes y los afanes electoralistas en una coyuntura supuestamente favorable por la inconformidad generada por la grave situación económica del país que la gente común y algunos especialistas asociaban a la política del gobierno priísta de Miguel de la Madrid.

A partir del triunfo no reconocido de Cárdenas, es decir del momento en que el PRI perdiera por primera vez una elección presidencial, tanto el PAN como el nuevo partido que surgiría del FDN (el PRD) vieron posibilidades no sólo de ganar gubernaturas (la primera la ganó el PAN, con reconocimiento gubernamental, en Baja California en 1989) y presidencias municipales, sino la Presidencia y porcentajes mayores en el Congreso de la Unión (incluso en el Senado donde se ampliaron las posibilidades para darle entrada a la primera minoría y a la representación proporcional).

A partir de ese triunfo, los partidos asumieron que la ideología, la defensa de intereses de clase, el socialismo como objetivo (en un mundo donde, se dijo, ya no había “países socialistas”) y el estatismo-populismo del pasado eran limitaciones que en

lugar de atraerles votos los excluían. En consecuencia, los partidos adoptaron parte de una nueva ideología que sus publicistas no reconocen como tal: el *posmodernismo*, corriente que privilegia conceptos como sociedad civil, pluralidad, democracia, libertades (incluyendo la de mercados, obviamente), el capitalismo como una fatalidad y, en el mejor de los casos, una tercera vía que toma distancia (sólo en la apariencia) del socialismo y del capitalismo cuando en realidad es tan defensora de éste como las corrientes más conservadoras.

De este modo se explica que las izquierdas, incluyendo al EZLN, omitan de su discurso el socialismo y que hablen, como en el caso del PRD, de suavizar las contradicciones más groseras del neoliberalismo y la globalización, y que, en el caso de los partidos, se hayan convertido en organizaciones *catch all* donde quepan todos hasta candidatos que quisieron ser propuestos por el PRI y al día siguiente de su fracaso aceptaron ser postulados por el PRD<sup>7</sup>.

El modelo europeo de los partidos políticos cambió en Europa a partir del surgimiento del eurocomunismo (1974), y fue adoptándose poco a poco el modelo de Estados Unidos, allá y en casi todo el mundo. México no fue una excepción, por lo que el caudillismo moderno se vio abonado por la existencia de partidos desdibujados ideológicamente cuya máxima aspiración es la toma del poder, en cualquiera de sus niveles, para desde ahí, supuestamente, modificar en algo la política y la ideología neoliberal que en el caso mexicano y gracias al presidente Zedillo, todavía es dominante. La idea, tanto en el PAN como en el PRD, es ganar la Presidencia y, de ser posible, la mayoría de los asientos en el Congreso de la Unión, con la diferencia de que el liderazgo de Cárdenas se ha deteriorado en los últimos años, mientras que la figura de un caudillo moderno y empresarial, dicharachero y rústico en el lenguaje, crece para amplios sectores de electores que no están interesados en las diferencias, si las hay, entre los partidos --pues hoy en día casi nadie lee libros, mucho menos documentos partidarios, pero sí ve televisión. Y la estrategia de Fox está basada en la mercadotecnia, área en la que él y sus asesores más cercanos son expertos. La estrategia de Cárdenas, en cambio, consiste en hablar con la población, en usar más el discurso que el *slogan* propagandístico y en plantear ideas más que ocurrencias que den la nota en los medios.

### III. ¿Todos contra el PRI o cada uno por su lado?

En los momentos de escribir este ensayo se discute en los medios si es o no aconsejable una coalición entre el PRD y el PAN, en principio, para la Presidencia de la República. Esta coalición supondría la renuncia de Cárdenas o de Fox a favor del otro o, eventualmente, de otro candidato. La tendencia entre quienes han sugerido la coalición es que Cárdenas renuncie a favor de Fox por ser éste quien más alto está en las encuestas conocidas hasta este momento y, por lo mismo, por ser quien más fácilmente podría ganarle a Labastida y al PRI. "Voto útil" ha sido la expresión más socorrida por quienes quisieran ver derrotado al PRI incluso a costa de ceder en principios partidarios e ideológicos, es decir en términos pragmáticos.

A principios de 1999 Cárdenas planteó la posibilidad de una coalición opositora para derrotar al PRI. El PAN estaría contemplado como un posible e importante miembro de dicha coalición. Uno de los puntos centrales de esta propuesta era la conveniencia de que se diera, ahora sí, la alternancia política en la Presidencia con el fin de construir una nueva nación. López Obrador llegó a decir en Tabasco, sobre la alianza opositora con el PAN: "Tenemos diferencias, pero la democracia es primero; nada ha

---

<sup>7</sup> Los casos más comentados fueron el de Sansores en Campeche y el de Monreal en Zacatecas. Layda Sansores perdió, pero Ricardo Monreal es actualmente gobernador.

dañado más a México que la antidemocracia".<sup>8</sup> Cuauhtémoc Cárdenas, ese mismo día en Tabasco dijo "que para su partido sobrevienen tres decisiones fundamentales: Elegir al candidato del PRD a la Presidencia de la República; la elección del abanderado de la coalición, antecedida por la elaboración de la plataforma política, y un plan para combatir la corrupción, un proyecto para acelerar el crecimiento económico y un programa para abrir oportunidades a mujeres y jóvenes. Y añadió que "habrá de requerirse un acuerdo para integrar el próximo gobierno de la República. De una coalición electoral, que va a ganar la elección del 2 de julio, debe surgir un gobierno de coalición."<sup>9</sup> Reiteró, asimismo, su propuesta para elegir el candidato de la coalición. "No es que estemos empeñados en tomar una vía única, pero vemos que la elección primaria es el único camino que permite a todos los ciudadanos del país participar en una decisión de la importancia de ésta, porque elegir al candidato de la coalición implica elegir al próximo Presidente de la República".

El PAN por su lado ya había dicho, por voz de su presidente (Bravo Mena), que "estamos en condiciones objetivas muy adversas para la convergencia". Y respecto a la propuesta de Cárdenas sobre el método para elegir al candidato de la coalición, expresó que "sería imposible una elección primaria para seleccionar al candidato de una eventual coalición porque se corre el riesgo de que se presenten conductas que lleven al desastre".<sup>10</sup>

Bravo Mena se refería a la gran cantidad de anomalías y hasta fraudes que hubo en marzo de ese año en la elección del Comité Ejecutivo del PRD. Y respecto a las diferencias entre ambos partidos, mientras López Obrador decía que la democracia estaba por encima de las diferencias, Bravo Mena señalaba que formar una coalición sólo para sacar al PRI de Los Pinos representaba una visión corta y simplista, dado que lo que podría dar validez a la alianza sería un proyecto alternativo acordado entre los partidos coligados de tal forma que no sólo se avance en la transición democrática sino que también "aborde asuntos de política social, económica, internacional."<sup>11</sup>

A finales de noviembre de 1999 el periodista Alberto Aguirre de *La Jornada*<sup>12</sup>, citaba un estudio prospectivo del PRD en donde se calculaban los siguientes datos:

- La coalición PAN-PVEM superaría los 9 millones de votos, tendría 31% de los votos y ganaría la mayoría relativa en Jalisco, Guanajuato, Nuevo León, Baja California, Colima, Querétaro y Aguascalientes. Obtendría la mayoría relativa en 79 distritos, incrementando en 16 los que obtuvo el PAN por sí mismo.
- La coalición PRD-PT alcanzaría poco más de ocho millones 300 mil votos y obtendría la mayoría de los votos en Morelos, Michoacán, Distrito Federal y el estado de México. Ganarían 76 distritos y obtendrían 29% de la votación nacional.

Si esos cálculos eran correctos o no, lo cierto es que algunos meses después, en abril de 2000, el 29 por ciento de la votación nacional para el PRD pareció una exageración si ha de creerse en las varias encuestas levantadas en las últimas semanas. Hoy por hoy ninguna encuesta le otorga al PRD más del 13 por ciento de la votación total, mientras que al PAN se le asigna más de 40 por ciento y posibilidades de superar al PRI después del debate televisivo del 25 de abril en el que las encuestas, válidas o no, le dieron muchos más puntos a Fox que a Labastida y los demás candidatos.

---

<sup>8</sup> *La Jornada*, 16/08/99.

<sup>9</sup> Sobre este punto, Vicente Fox no estuvo de acuerdo: el candidato de la gran alianza, de triunfar, "debe contar con amplia libertad para definir su gabinete, las medidas políticas y las acciones de gobierno...". Citado por Lourdes Galaz, *La Jornada*, 4/08/99.

<sup>10</sup> *La Jornada*, 21/05/99.

<sup>11</sup> *Idem.*

<sup>12</sup> 28/11/99.

A un poco más de un año de su propuesta para formar una coalición, incluso con el PAN (a partir de una plataforma común y de una elección primaria), el candidato del PRD a la Presidencia le escribió a Héctor Castillo: “¡Y tú, el hijo de Heberto, me pides que declines por la reacción y por la antipatria!”<sup>13</sup> Es decir, nada con el PAN y mucho menos declinar a favor de Fox.

No sólo las posiciones del PAN y del PRD, en principio, son diferentes en muchos aspectos, sino que la historia de alianzas de ambos partidos los separa en asuntos de vital importancia para el futuro del país, como fueron los casos de la reprivatización de la banca, las reformas al artículo 27 constitucional, Fobaproa, y otros de menor importancia. Estos temas, junto con la educación, la política social, los servicios públicos y los energéticos, tienen que ver con muy distintos conceptos de soberanía (si es que el PAN defiende la soberanía del país) y del modelo económico que debe seguir México como nación y no como parte subordinada y dependiente de la globalización económica y del neoliberalismo político-ideológico. En varios de los aspectos mencionados, el PAN ha hecho alianza con los gobiernos de Salinas y de Zedillo y, por extensión, con la fracción hegemónica y dominante del PRI. La oposición a estas reformas y a estos fortalecimientos del capital ha estado representada, no siempre con la contundencia esperada, por el PRD y algunos de sus aliados coyunturales. Entonces, ¿por qué habría de ser aconsejable la coalición opositora contra el PRI, como se ha venido diciendo últimamente?

Varios conspicuos miembros del PRI, entre ellos González Fernández cuando era presidente de este partido, han coincidido en que la alianza PRD-PAN sólo tendría como finalidad ganar el poder o derrotar al PRI (que es lo mismo), “sin que medie una propuesta, una ideología o una oferta política” (González Fernández) o teniendo “tesis tan contradictorias” (Miguel de la Madrid). En el mismo sentido se expresó el dirigente de Democracia Social, organización que, según algunos observadores, está más cercana al grupo de Gobernación que a la oposición ideológica que pretende representar. Empero, y esto es muy significativo, los priístas y sus satélites nunca cuestionaron las diferencias ideológicas que supuestamente tienen con el PAN, cuando se trató (como se sigue intentando) de ajustarse a los planteamientos del FMI y del Banco Mundial en cuestiones de reducción del intervencionismo estatal en la economía y de sujeción a los mercados de todo aquello que permitía antes una mejor calidad de vida de la población en general. El PRI critica ahora el pragmatismo político-electoral de los partidos opositores, olvidando olímpicamente las *concertaciones* salinistas al PAN a cambio de aprobación de reformas legales favorables al proyecto neoliberal.

Ciertamente la coalición opositora, o más que ésta, la propuesta del *voto útil* y la declinación de Cárdenas a favor de Fox, que están a debate en estos momentos, forman parte de un proyecto pragmático que cuestiona por sí mismo y seriamente la historia y la trayectoria de los partidos. Sin embargo, ¿no han cuestionado los partidos su historia y su trayectoria? No puede pasarse por alto que el PAN ha sido cómplice oportunista de reformas antipopulares impuestas por los gobiernos tecnocrático-neoliberales, y que el PRD, pese a sus ambigüedades ideológicas y discursivas, ha sido el partido más importante antineoliberal en México. Pero tampoco puede pasarse por alto que tanto el PAN como el PRD, por voz de sus dirigentes o de sus candidatos o de cuadros importantes o gobernadores, no han sido coherentes en sus planteamientos y a veces incluso contradictorios.

Finalmente, como ya se ha señalado antes, tampoco puede soslayarse que los partidos políticos, todos y no sólo el PAN y el PRD, han devenido pragmáticos y

---

<sup>13</sup> <http://proceso.com.mx/declinar/texto02.html>, 20 de Abril de 2000

plurales (no representantes explícitos de una clase social específica ni de una ideología elaborada), ni que tanto Fox como Cárdenas han venido jugando el papel de caudillos, modernos si se quiere, pero caudillos que han arrastrado a sus partidos no siempre reafirmando los principios y los programas que han elaborado como documentos que casi nadie lee pero que se supone que los define y los diferencia de los demás.

Es evidente que de declinar uno de los principales candidatos a favor de otro, el triunfador sería Fox (si nada realmente significativo cambia entre la entrega de este ensayo y el 2 de julio). Y sería no sólo el triunfador como candidato de una gran alianza opositora sino también como candidato presidencial, pues ante una alianza de esta naturaleza el PRI y su partido perderían irremediablemente. En caso de ocurrir una alianza de esta naturaleza, Cárdenas quizá se retiraría de la política y el PRD perdería mucho como partido. Pero, ¿de veras es tan simplista y corto de vista --como dijera el presidente del PAN-- sacar al PRI de Los Pinos? En la lógica de los cambios por vía electoral, ¿la alternancia en la Presidencia de México, después de siete décadas de lo mismo, es un asunto trivial y no la posibilidad, finalmente y en última instancia, de un cambio de régimen?